

ZENOBIA, JUAN RAMÓN Y EL EXILIO

Resumen

Puerto Rico recibió con los brazos abiertos al poeta español exiliado Juan Ramón Jiménez y a su esposa Zenobia Camprubí. Mediante la lectura del epistolario del poeta de Moguer con otras figuras distinguidas de la época, y del Diario, de Zenobia, publicado por la Universidad de Puerto Rico, Matilde Albert Robatto no solo pone de manifiesto la ya conocida relación entre la pareja y Puerto Rico, sino que traza un interesante perfil de una mujer que ha ido dejando de ser ante nuestros ojos la esposa del Nobel español, para convertirse en una intelectual por derecho propio.

Palabras clave: *Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, cartas, Diario, exilio*

Abstract

Puerto Rico received the exiled Spanish poet Juan Ramón Jiménez and his wife, Zenobia Campubrí, with open arms. By reading the collected letters that the poet, a native of the Andalusian city of Moguer, held with renowned figures of the time, as well as Zenobia Campubrí's Diario, published by the University of Puerto Rico, Matilde Albert Robatto not only highlights the well-known relationship that the couple sustained with Puerto Rico, she also outlines the interesting profile of a woman that, before our very eyes, has ceased to be the wife of a Spanish Nobel laureate and has become an intellectual in her own right.

Keywords: *Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, letters, Diario, exile*

La recuperación de la memoria histórica en España es una obligación moral, en primer lugar, de los españoles, luego, de los hispanoamericanos y de la comunidad mundial. Para la península ibérica es ésta una asignatura pendiente —en la cual deberíamos de aspirar a obtener la calificación de sobresaliente— pues pasados ya más de cincuenta años de historia de la época de la Segunda República y de la Guerra Civil, esta etapa despierta gran interés en las distintas generaciones de españoles: en unos remite al recuerdo del trágico enfrentamiento entre dos grupos irreconciliables y su desastrosa consecuencia; para otros significa un pasado que no hicieron, que no les era permitido conocer, pero del que sintieron sus consecuencias; los más jóvenes miran esta etapa histórica ya con curiosidad ya con la evidente distancia generacional que se impone y que los aleja de un tiempo que no fue el suyo; aunque precisamente para conservar ese estado de bienestar, una mirada al pasado, a este pasado en concreto, puede ayudar a luchar con los *entuetos* y *gigantes* del futuro.

Cuando finaliza la contienda bélica, una gran parte de los españoles tiene

que abandonar su país. La derrota sufrida por los republicanos marca el fin de una época. Una España avanzaba triunfante frente a la otra, *la del éxodo y del llanto*, que marchaba hacia el exilio. Cientos de mujeres, hombres, ancianos y niños cruzan la frontera con grandes incomodidades —optan por el exilio pues quedarse suponía un riesgo— y se dirigen hacia Europa, Hispanoamérica y Estados Unidos. Los niños de la guerra irán a Rusia o a México —los niños de Morelia—, aunque desde el inicio de la contienda había empezado tan triste éxodo; padres e hijos, quizá para suavizar ese dolor inimaginable, quisieron creer en la promesa de un regreso; por el contrario, algunos, huérfanos ya, buscaban un hogar de acogida. Sin duda, se puede afirmar que el año de 1939 marcó el curso de la historia de España y, con la debida proporción, se puede afirmar que también dejó huellas en la historia de Europa y en la de América.

Hispanoamérica abrió sus puertas al exilio español, muy en particular México, Argentina y el Caribe. Esta nueva llegada masiva de españoles, este nuevo contacto con la realidad americana tuvo como base la igualdad, la generosidad y el respeto mutuo. No venía el conquistador a levantar un imperio o a enriquecerse, ahora llegaba el español capaz de redescubrir y sentir su América más cierta, no la de los libros ni la de las fábulas, menos la que perpetuaba la imagen del oprobio. El viejo concepto de *hispanidad* se modificaría hasta consolidarse en una *hermandad de pueblos* con hondas raíces prehispánicas, a los que unía la lengua y la cultura; unos pueblos que habrían de buscar la unidad en la rica diversidad que los caracterizaba tanto en el aspecto lingüístico como en el cultural. Esta lenta y honda transformación la describía así Sánchez Vázquez:

[...] Pero el exilio contribuirá asimismo a cambiar esta mentalidad hispanista, ciega para lo distinto o diferente. Y lo distinto está en el pasado prehispánico y en su proyección en esa realidad nueva de la que lo español también forma parte indisoluble. [...] ¹

En mi libro *Angel Botello en la historia del exilio gallego*, publicado en 1995, me detenía en explicar una parte de la historia del exilio en el Caribe; mas para esta ponencia voy a detenerme en la experiencia puertorriqueña, la cual es peculiar, pero también sigue algunos lineamientos de los otros países caribeños en lo que se refiere al tema que nos ocupa.² La Guerra Civil española caló hondo en el ánimo de muchos puertorriqueños, y también en la Isla hubo dos bandos: pro República y pro Franco. Los que apoyaban la causa republicana recaudaron fondos, hicieron propaganda a favor, publicaron los periódicos *Alerta* y *Verdades*, además de programas radiales, dieron mítines,

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, "Significado del exilio español en México", en *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989, Memorias del Congreso Commemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A Coruña, Ed. do Castro, 199; p. 78. En este ensayo el autor elabora un lúcido concepto de hispanidad, pp. 77-80.

² Matilde Albert Robatto, *Angel Botello en la historia del exilio gallego*, Sada A Coruña, Ed. do Castro, 1995. Este libro recoge, además, una importante bibliografía sobre el exilio en el Caribe.

firmaron cartas de protesta y de solidaridad. Algunos puertorriqueños como Rubén Gotay, Antonio Pacheco Padró, Emilio R. Delgado y José Enamorado Cuesta estuvieron en el campo de batalla; el escritor cubano-puertorriqueño Pablo de la Torriente Brau, los hermanos Jorge y Pablo Carbonell perdieron su vida por la defensa de la libertad y la justicia social en tierras de España. Antonio Colorado explica las divisiones de los españoles residentes en la Isla: recuerda al vicecónsul, Jacinto Ventosa, leal al Gobierno republicano; en abierto contraste con gran parte de la rica y poderosa colonia española, algunos miembros del gobierno isleño y del norteamericano, admiradores del fascismo. Afirma Colorado:

[...] En los comienzos del alzamiento, el pueblo de Puerto Rico no tenía noción de lo que estaba sucediendo, [...] Debo decir que con la valiosa militancia de tan buenos amigos de la República y de la democracia, generosos de espíritu, como se juntaron en aquellos días, pudimos cambiar notoriamente la actitud de nuestro pueblo.

La Prensa del país, [...] no encontraba ya qué más epítetos regalarle a la República Española, desde “rojos”, “subversivos”, “ateos”, “enemigos de Dios”, “asesinos”, “incendiaris” hasta “bandidos” y “criminales”. [...] Y, desde luego, la Prensa disimulaba o callaba la abierta cooperación de Hitler y de Mussolini con la España franquista. Las informaciones contrarias a Franco o no las publicaban o las escondían en páginas interiores, a una columna: eran, además, muy escasas.³

Si se tiene en cuenta la labor de educación social que llevaron a cabo Pro Frente Popular y otras organizaciones, no debe sorprender la hospitalidad con que el pueblo puertorriqueño recibió a aquellos refugiados. Un ejemplo de esto es la llegada a San Juan del buque *Sinaia* —el 6 de junio de 1939— en el que iban mil ochocientos exiliados con destino a México, quienes fueron objeto de un cálido recibimiento por parte de los puertorriqueños. Debido a las leyes norteamericanas de inmigración, no se permitieron visitantes dentro del barco, sólo un reducido grupo de los pasajeros del *Sinaia*, como periodistas, representantes de entidades y directores del viaje, obtuvo permiso para salir por unas horas. Las emotivas escenas que se suceden entre los que están en la cubierta del barco y los que permanecen en el muelle, amortigua la dureza de la policía y los aduaneros que cumplían con la encomienda de imponer la ley. Alberto Buitrago describe así la cálida bienvenida:

[...] Tan pronto hace la nave el recodo de la “La Puntilla”, comienza a poblarse la bahía de pequeñas embarcaciones abanderadas, doce o quince con los colores de la República, otras con los de México, algunas con las insignias proletarias de los trabajadores del muelle. [...]

La Policía y los aduaneros intentan al principio cortar la entrada al pueblo, y aún hasta a los mismos directores del recibimiento. Sin embargo, la fuerza cordial de la multitud poco

³ Antonio Colorado, “Testimonio” *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1930-1989. Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A Coruña, Ed. do Castro, 1991; pp. 144, 145-146.

a poco va venciendo el rigor oficioso de los funcionarios. Cada uno de ellos, individualmente, va percatándose de la seriedad del espectáculo y de lo grave que resultaría intentar poner un dique hermético a las oleadas entusiastas del pueblo. [...]

Luego la Policía misma ha sucumbido al contagio del pueblo. Desde el Sinaia caen sobre nosotros multitud de cuerdas que luego suben cargadas de canastas repletas de frutas y panes. [...]

De las dos de la tarde a las once de la noche: la alegría de dar, la generosidad más pura de nuestro pueblo entregándose en un derroche de espíritu cristiano, puro y libre de liturgias. De aquí salgo yo con un orgullo inmenso de mi gente.⁴

Por su parte, los *trasterrados* agradecen el cordial recibimiento e interpretan en clave sociopolítica el apoyo recibido, que apunta a la defensa de la democracia y la justicia social cuando reciben los mensajes de solidaridad de Pro Frente Popular Español y de la Federación Libre de Trabajadores, ambas de Puerto Rico. El *Diario del Sinaia* recoge la sinceridad de estos hombres que ya perciben una nueva visión de igualdad entre ellos y los pueblos hispanoamericanos: “El entusiasta recibimiento de ayer nos fue dedicado, ante todo, como paladines de la lucha contra el fascismo internacional, como exponente de todo el pueblo español unido por la defensa de su independencia [...]”.⁵

Quedémonos con esta imagen emblemática de dos pueblos que se unen en la defensa de la libertad, la solidaridad y la justicia social; sirva como telón de fondo y marco de referencia para referirnos ahora a dos exiliados que también lucharon por la misma causa y encontraron en Puerto Rico el país de acogida al principio y al final de su exilio, me refiero a Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Ambos, como veremos, vivieron también en otros lugares, pero regresaron, y aquí siguieron su vida con las dificultades propias de la dolencia del poeta y el imparable paso de los años; no obstante, recibieron todo el apoyo de las autoridades universitarias —del rector Jaime Benítez, de manera especial— el respeto de sus alumnos y el cariño de sus amigos; tan palpable y con tanta fuerza sintió el poeta ese clima de cordialidad que, en varias ocasiones, así lo afirmaba en su libro *Isla de la simpatía*, dedicado a Puerto Rico. Oigamos dos de ellas :

Algo de resurreccionista ha tenido siempre Puerto Rico para mí, y yo me siento unido a Puerto Rico en un destino común sin ser de él, y por eso más fuerte todavía, tanto que yo siempre indeciso en mi lugar de muerte, quiero quedarme cuando mi muerte sea, muerto aquí.

...

...

...

...

[...] Estoy muy contento de haber vuelto a Puerto Rico, después de dieciséis años. Llegué

⁴ Alberto Buitrago, “Sinaia: cargado de esperanza”, en *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, Puerto Rico, junio, 1939; pp. 11, 63.

⁵ *Sinaia, Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, edición facsimilar, Presentación y epílogo de Adolfo Sánchez Vázquez, México, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, Universidad Autónoma Metropolitana, 1989; p. 1.

muy enfermo, pero hoy me encuentro mucho mejor y puedo trabajar todo el día y, a veces, toda la noche, como en mis tiempos mejores. Mi mujer, que también sufrió una seria enfermedad, aquí se ha beneficiado mucho con este ambiente puertorriqueño, esta savia atmosférica que ella lleva también en su sangre por herencia materna. Puerto Rico me ofrece además una humanidad prodigiosa, y con ella y su hermosura natural, nuevos temas de poesía y de crítica. Lo primero para mí en la vida es la humanidad circundante. En Puerto Rico encontré desde mi primera visita mucho que había querido revivir y que ahora estoy reviviendo.

[...] Mi mujer y yo nos sentimos aquí a gusto, y creo que pasaremos mucho tiempo en “mi islita verde”, como la llamaba siempre la madre de ella, que era tan elemental y tan contagiosa como su misma tierra, su Guayanilla. Ella descansa hoy con su marido en tierra de Madrid. Y como la muerte va dentro de nosotros y no sabe de lugares, pensamos elegir un pedazo de tierra que entre en el mar de esta isla de la simpatía, mirando a España, donde podamos quedar incorporados juntos los dos a la eterna armonía, una vez que no circulemos de pie por nuestra órbita, sino tendidos. Yo me imagino que el descanso definitivo será bueno en esta tierra gemela de mi Andalucía, que de Andalucía trajo el “bendito”, el “por eso” y el “bueno”, cuyo carácter incluye el encanto, el misterio y la intensidad, los tres sustantivos que yo le pido siempre a la poesía.

Juan Ramón Jiménez

San Juan de Puerto Rico, enero de 1953⁶

¿Por qué Zenobia? Se preguntarán algunos, y en un tiempo atrás me lo preguntaba yo misma, pues no le concedía mayor importancia que la de ser la esposa del poeta Juan Ramón Jiménez, quien ganó el Premio Nobel de Literatura en 1956. Pero como los acontecimientos vitales no siempre son continuos o suceden aislados, mas entre ellos existe una estrecha relación, aunque a veces no sea evidente en un principio. En el año 2002-2003, la Universidad de Puerto Rico me concedió una licencia sabática con el propósito de escribir el libro *Federico de Onís: cartas con el exilio*, que un año más tarde publicó la Editorial del Castro. Dicho libro tenía una estructura propia, los autores seleccionados —sus cartas— fueron Antonio Machado, Zenobia Camprubí, Juan Ramón Jiménez, Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro.

Cuando comencé el estudio de la correspondencia entre Federico de Onís, Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, creo que las coordenadas en las que se inscribía mi libro sufrieron una variación notable: se ampliaba el espacio de la investigación y del estudio. Leí y releí el importante epistolario entre estas grandes figuras, el cual se guarda en el Archivo Federico de Onís del Seminario de Estudios Hispánicos, y en el Archivo Juan Ramón Jiménez de la Sala Zenobia-Juan Ramón. Aunque conocía su poesía, también me di a la tarea de leer y releer su poesía y su prosa, lo cual modificó mi apreciación de la figura y obra de Juan Ramón, baste afirmar ahora por mi parte que, desde el modernismo, es piedra angular del quehacer lírico de su generación y de las siguientes. Una de las mejores valoraciones de su poesía la expresó Federico

⁶ Juan Ramón Jiménez, *Isla de la simpatía*, Presentación y edición de Arcadio Díaz Quiñones, Raquel Sárraga, Río Piedras, Puerto Rico, Ed. Huracán, 1981; pp. 70, 108-109.

de Onís en el acto de homenaje a Juan Ramón con motivo del Premio Nobel; las palabras del amigo y del crítico revelan su admiración por la excelencia de una obra que trascendía espacio y tiempo:

No quiero decir que Juan Ramón Jiménez sea el mayor poeta que ha existido; creo que se cuenta entre los más grandes y dudo que haya quien le supere en pureza y en unidad. Es dudoso que haya una poesía más libre de elementos no poéticos que la suya, una poesía de la que estén más ausentes las ideas y las realidades exteriores, y que sea toda, como la de los místicos, expresión en palabras de puras e inefables realidades interiores; y lo es también que haya habido una vocación poética tan tenaz, continua, exclusiva y lograda como la suya, una permanencia de identidad tal a través de tantas variaciones.⁷

Por supuesto, esta relectura de la obra del Poeta suponía para mí una nueva valoración de su poesía y de su postura política, nunca un descubrimiento; su lealtad a la España democrática de la República, la defensa de la libertad y su solidaridad con el pueblo combatiente las puso de manifiesto en numerosas ocasiones dentro y fuera de España.⁸ Esa nueva valoración se produjo en la lectura sosegada de los textos juanramonianos, tan ricos en matices líricos, en unidad poética, en variaciones formales; textos creados para la relectura que permite el descubrimiento y el asombro ante unos versos cuya originalidad quizá descansa en su desnuda, espiritual y perfecta expresión poética y en esa particular sintonía con el lector.

Cuando me encontré con el *Diario* de Zenobia, volúmenes I, II, y III, éste de reciente lectura, entendí la simbiosis espiritual de estas dos personas y, aunque, sin duda, el genio poético había tocado a Juan Ramón, mas Zenobia, la mujer elegida, amada, la compañera infatigable presente en el dolor y en el sinsentido, cobraba una dimensión muy visible; se impuso en mí la firme convicción de su insustituible presencia en la vida del hombre y del poeta. Gracias a la escritura sencilla, directa, sin pretensiones literarias, conocemos una parte de la historia oficial y privada de estos dos seres, que se entendieron y se complementaron a lo largo de una vida tan compleja; sabemos no sólo de la autora, sino también de Juan Ramón y del entorno que les rodeaba, pues Zenobia comentaba importantes experiencias personales, políticas y culturales; opinaba sobre las personas que conocía o sobre las que se movían dentro de la órbita del poeta. El gran amor que Zenobia sintió por Juan Ramón no coartó su libertad; por el contrario, si bien es cierto que la responsabilidad de la casa y el diario vivir recaía sobre ella, más las limitaciones económicas, también buena parte de la correspondencia y hasta el aspecto comercial de la obra del poeta; además de estar al cuidado de sus problemas psíquicos, antes y durante

⁷ Federico de Onís, *Homenaje a Juan Ramón Jiménez*, San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1956; p. 47.

⁸ Para mayor información, véase Matilde Albert Robatto, *Federico de Onís: cartas con el exilio*, Sada, A Coruña, Ed. do Castro, 2003; pp. 200-201, nota 63.

los episodios críticos de la enfermedad.

No obstante estas obligaciones cotidianas, a veces bastante difíciles, debemos señalar también que esta mujer sacaba tiempo para tomar el té con sus familiares o amigas, frecuentaba los museos, asistía a diversos actos culturales como conciertos y conferencias; en fin, era una persona que gustaba del trato social y disfrutaba de la amistad. Así, al lado de Juan Ramón, tan diferente de carácter, pero a la vez condescendiente con ella, pudo afirmar su personalidad porque fluía entre ellos una corriente de tolerancia y, a veces, de complicidad que salvaba las distancias circunstanciales, que no eran más que eso. La lectura de los *Diarios* nos permite ver y oír en voz propia esa corriente amorosa de entendimiento mutuo porque, aun en los momentos de crisis, debido a la dolencia de Juan Ramón, Zenobia muestra una gran compasión y ternura, lo lleva y acompaña en los hospitales, se preocupa por su estado psicológico, conversa con los médicos que lo atienden, procura en todo momento, hasta donde le es posible, una atmósfera de paz espiritual en la que descanse el atormentado espíritu del poeta. Esto no impide que esta mujer tan especial en algunos momentos sienta el peso de la responsabilidad, en ocasiones, el cansancio; hable de sus diferencias con el hombre elegido y hasta esté en desacuerdo con algunas de sus actitudes; en ocasiones habrá de tomar sus propias decisiones e irá a conferencias, conciertos, museos u otras actividades con sus amistades o familiares. No podía ser de otra manera pues tenía que conservar un cierto grado de independencia para poder mantener una convivencia saludable y armoniosa: cada uno respetaba el espacio del otro. Graciela Palau, por su notable trayectoria académica unida a la profunda amistad con Zenobia, es la persona indicada para hablar de Zenobia, y en esta reflexión incide sobre la particular realidad de la pareja:

En su juventud, Zenobia Camprubí dijo que no quería casarse con un español, por detestar el papel subalterno de la mujer en España. Se casó con Juan Ramón, aparte del amor que le tuviera, porque el oficio y la personalidad de él le permitían desarrollar sus instintos de mujer activa, independiente, emprendedora, lo que le hubiera prohibido un marido menos absorto en su labor o con rentas fijas. [...] ⁹

Para entender mejor ese sentido de independencia y esa decidida voluntad de trabajo, conviene recordar, de manera breve, algunos datos biográficos de Zenobia. Aunque había nacido en Malgrat, pueblo de la costa catalana, pasó varios años, de 1905 a 1909, en el estado y en la ciudad de Nueva York; para 1915 regresa y se queda en la ciudad hasta su boda en 1916 con Juan Ramón en la urbe neoyorkina. La influencia de la cultura norteamericana en Zenobia se explica por los lazos familiares, por su misma educación y estilo de vida. La abuela, Zenobia Lucca, era puertorriqueña, el abuelo, Augustus Aymar,

⁹ Graciela Palau de Nemes, Introducción al *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, de Zenobia Camprubí, Traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Ed. Alianza, Ed, Universidad de Puerto Rico, 1991; p. xxx.

norteamericano; la madre, Isabel Aymar Lucca, se casa en Puerto Rico con el ingeniero español Raimundo Camprubí; tenía Zenobia por línea materna estrechos lazos de familia con la sociedad norteamericana, como también con la sociedad isleña.

Desde niña, ya en España, recibió una esmerada educación con profesores particulares, aparte de la enseñanza de lenguas, en particular, el inglés. Sin duda alguna, las épocas pasadas en los Estados Unidos marcaron su “manera de “ser” y también su “forma de estar” en la sociedad, porque esta mujer feminista por convicción, que junto con María de Maeztu y Victoria Kent, había fundado el Lyceum de Madrid, el primer club femenino en España, no podía sentirse cómoda con la función que la sociedad española había señalado a la mujer, de obediencia al marido, dedicada a la educación de sus hijos y al cuidado de su casa y que, en el mejor de los casos, le esperaba ocupar un “discreto segundo lugar”. No habían sido suficientes los pronunciamientos de Concepción Arenal y Rosalía de Castro ni las incuestionables denuncias de la precaria condición femenina expresadas de manera contundente por Emilia Pardo Bazán, para promover un cambio más visible en la tradicional sociedad española de fines del siglo XIX y principios del XX. Pienso que Zenobia Camprubí, alumna de Columbia University, secretaria del Comité para la Concesión de Becas a Mujeres Españolas en el Extranjero —comité que tuvo como enlace en Nueva York a Federico de Onís—, colaboradora en el proyecto La Enfermera a Domicilio, asistente a las conferencias y otros actos culturales que se celebraban en la mítica Residencia de Estudiantes en Madrid —lugar donde se conocieron Zenobia y Juan Ramón—, autora de artículos en inglés publicados en revistas, traductora años más tarde de la obra de Rabindranath Tagore; y a la que supongo enterada del movimiento feminista en los países sajones y que quizá conocería la *Declaración de Seneca Falls* en 1848 —estas dos últimas proposiciones son una inferencia mía, sujeta a comprobación— la rampante posición de inferioridad femenina en aquella sociedad española, por fuerza tenían que incomodar su sensibilidad como persona que se solidarizaba con los reclamos justos de una educación para la mujer, como lo proponía Francisco Giner de los Ríos, entre otros. Estamos de acuerdo con la profesora Adna Rodríguez cuando dice:

Su estadía en los Estados Unidos y las influencias ejercidas por su madre y abuela materna hicieron de Zenobia una mujer distinta con una visión del mundo más cosmopolita y liberal de la que tenían las jóvenes españolas de su momento.¹⁰

Tenía Zenobia una particular disposición para los negocios; ya casada y con residencia en Madrid invierte su tiempo en remodelar apartamentos para luego

¹⁰ Adna R. Rodríguez, “Zenobia en el exilio”, en *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989, Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A. Coruña, Ed. do Castro, 1991; p. 313.

alquilarlos; era ésta también una manera de ayudar a la economía familiar. Al darse cuenta del interés que despertaban las artesanías españolas dentro y fuera del país, tendrá su propia tienda, Arte Popular, de gran éxito en Madrid y en el extranjero, así lo confirma Graciela Palau:

[...] Durante los veinte años de casada en España su trabajo le había proporcionado un gustoso entretenimiento y una situación económica desahogada. La tienda Arte Popular Español, precursora de establecimientos parecidos que surgieron después de la Guerra Civil, era una especie de exposición permanente de artesanía en la que se vendían muebles, vidrios, cerámicas, cobres, forja, cuero repujado, cestería y tejidos. [...] No fue éste un simple negocio para turistas, [...] sino que Zenobia promovía las artes manuales entre los campesinos y las de los conventos, que volvían a elaborar tejidos y deshilados que iban cayendo en desuso. Zenobia se iba de excursión a Segovia, Ávila y Salamanca en busca de antigüedades, visitaba los museos para familiarizarse con las artes suntuarias y hacía dibujos de tejidos antiguos e hispano-árabes y los mandaba a Moguer y a Oropesa para confeccionar tapetes y mantelería, comprando el lienzo tejido a mano en casa de aldeanos, de modo que se pareciera más a los lienzos antiguos.

... ..

Zenobia hizo estas cosas desde los años veinte, cuando muy pocas mujeres en España estaban dedicadas a los negocios y revistió el concepto de elegancia, buen gusto y dignidad. Su tienda, Arte Popular, se convirtió en un lugar atrayente para algunas aristócratas de Madrid...¹¹

Cuando trabajaba en la investigación y escritura de mi libro *Federico de Onís: cartas con el exilio*, en la parte dedicada a la correspondencia inédita entre Juan Ramón, Zenobia y Federico de Onís, me llamó la atención la plena confianza que éste tenía en las opiniones que ella expresaba en cuanto a las publicaciones de la obra de Juan Ramón en los Estados Unidos, en fin, en todo cuanto se refería a la carrera literaria del poeta. Por otra parte, sabía de la larga y profunda amistad que unía a estos tres seres tan particulares, y así lo consigné en el artículo “Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí y Federico de Onís: colegas y amigos”, publicado en la *Revista de Estudios Hispánicos*, y también leído en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez.¹² Mas ya unos años antes, hacia 1996, precisamente cuando dirigía el Seminario Federico de Onís y organizaba su Archivo, me percaté de la importancia cultural que en su momento tuvo la Casa de las Españas, institución fundada en 1930, y dirigida por don Federico; en realidad, el Instituto Hispánico, Hispanic House, que fue creado en 1921, y que tuvo como su primer director al profesor Onís, fue el germen de la Casa de las Españas, la cual vino a ampliar y a facilitar la labor

¹¹ Graciela Palau, *op. cit.*, p. xxiv-xxv.

¹² Matilde Albert Robatto, “Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí y Federico de Onís: colegas y amigos”, *Revista de Estudios Hispánicos*, XXX 1, 2003; pp. 249-258. Para mayor información sobre la correspondencia de Federico de Onís con Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, la cual contiene una valiosa información sobre estas tres figuras y revela la rica personalidad de Zenobia, véase Matilde Albert Robatto, *Federico de Onís: cartas con el exilio*, p. 35-96, 186-204.

cultural que se realizaba en el Instituto, ya que éste carecía de una sede y las actividades se hacían en la Universidad de Columbia. Pues bien, la decoración y la compra del mobiliario de la Casa de las Españas Onís se la encomendó a Zenobia, a quien consultaba y solicitaba consejo para cualquier cambio en el diseño, compra de objetos de arte, muebles o cualquier otro detalle. Por los fragmentos que incluimos a continuación podemos ver el valor que para él tenía la opinión de la distinguida decoradora:

Hoy le escribo para algo que es muy urgente. Queremos arreglar la puerta exterior de la Casa dándole carácter español. [...] El encargado de la obra aquí me ha dado el adjunto dibujo en el que constan las dimensiones de la puerta en pulgadas. Se lo envío para que no haga ningún caso de dicho dibujo excepto en lo que se refiere a las dimensiones. Lo que quería pedirle es que después de estudiar el asunto haga usted su propio plan para dicha puerta y los hierros que se han de usar en ella en la forma que a usted le parezca mejor. [...]

En la misma carta le pide ayuda para acuñar las medallas que se darían como premio a los estudiantes y, al final, le dice: “[...] Dejo este asunto en sus manos en la seguridad de que a usted se lo ocurrirán los mejores medios para resolverlo”.¹³ Onís confirió a Zenobia plenos poderes para realizar gestiones en España de carácter administrativo y comercial en nombre del Instituto y de la Casa de las Españas; para cualquier donativo para estas entidades por parte del Gobierno, Zenobia era la representante en España. Veamos el referido documento:

18 de agosto de 1932

Declaro por la presente carta que Doña Zenobia Camprubí de Jiménez ha sido debidamente autorizada por mí, como director del Instituto y de la Casa de las Españas, para recibir cualquier subvención o donativo que con destino a dichas instituciones pueda hacer la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado o cualquier otra dependencia del Estado.

Federico de Onís¹⁴

Cuando leía, por primera vez, estos textos me sorprendía la confianza plena de Federico de Onís en la persona de Zenobia, no porque ella no lo mereciera, sino porque sabiendo la rigurosidad y exigencia del profesor en todos sus proyectos, pienso que tenía que ser ella una persona altamente preparada para poder realizar las encomiendas que él le confiaba. Aun ahora me sorprende esa actitud de Federico de Onís hacia Zenobia, lo que significa lo mucho que debía estimar su criterio además del respeto y afecto que le profesaba, porque también

¹³ Federico de Onís, “Iconografía, Cartas de Don Federico de Onís a Zenobia Camprubí, *La Torre, Homenaje a Federico de Onís, Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, Río Piedras, XXXIII ns. 127, 128, 129, 130, 1985; pp. 320-329. Sobre la Casa de las Españas, véase también Matilde Albert Robatto, “La querencia americana de Federico de Onís”, en *El reino de la memoria*, San Juan, Ed. Universidad de Puerto Rico, 1997, pp. 86-117.

¹⁴ Matilde Albert Robatto, *op. cit.*, *Federico de Onís: cartas con el exilio*, p. 59, p. 193.

en lo relativo a la obra de Juan Ramón, en varias ocasiones, el profesor tuvo en cuenta su opinión. Esta mujer tenía sus talentos propios y siempre contó con el respeto de sus alumnos, colegas y amigos.

La lectura del *Diario* confirma la familiaridad de Zenobia con la cultura sajona y la comodidad con que se desenvolvía —en términos afectivos y sociales— dentro del mejor estilo de vida norteamericano; allí vivían sus hermanos —educados en las mejores universidades norteamericanas—, sus familiares y las antiguas amistades. Es comprensible que ya en el exilio quisiera ir a los Estados Unidos; en Nueva York residía su querido hermano José Camprubí, dueño y director de *La Prensa*, el periódico en español más importante de la época en los Estados Unidos, y que publicó varios manifiestos, cartas, artículos, notas y reseñas de los exiliados. En 1939, después de su residencia en Cuba, fructífera experiencia para Juan Ramón y los poetas cubanos, pues de esa época es la *La poesía cubana en 1936*, y así lo reconoce Fernando Ortiz en carta al poeta: “[...] a cuya formación Ud. ha contribuido de manera tan decisiva y competente, siendo su iniciador, su ordenador [...] y su verdadero autor;”¹⁵ época también esta de enriquecedoras experiencias para Zenobia; sin embargo, da por finalizada su estancia en La Habana y así lo expresa el 24 de enero de 1939: “[...] Hemos decidido regresar a los EE. UU., que es el único país que nos queda ahora en el mundo del que no queremos que nos separen. [...]”¹⁶

Es comprensible también que aceptaran de muy buen grado su regreso a Puerto Rico por las razones médicas que el psiquiatra Luis Ortega había recomendado para alcanzar una notable mejoría en la salud psíquica de Juan Ramón, quien necesitaba vivir en un lugar donde se hablara en español y se sintiera rodeado de un entorno cultural hispano. Por otro lado, Zenobia deseaba ese regreso, en la Isla vivía parte de su familia materna, viejos amigos, además admiraba la belleza natural de sus paisajes y el trato de su gente, así lo expresa en varias ocasiones en el *Diario 3* sobre su vida en Puerto Rico, veamos algunos ejemplos:¹⁷

[...] Por la ventana, a la izquierda, más paredes blancas, verdor, nubes iluminadas por el sol. La belleza natural de esta isla debiera ser suficiente para calmar mi espíritu.

... ..

Esta mañana, al abrir las ventanitas de la sala, el día estaba tan claro y el sol se filtraba de un modo tan primoroso por la tupida maraña de la arboleda en el jardín de enfrente, que daba alegría de vivir. Yo me regocijé pensando que anoche dijo J.R. que teníamos que ir a

¹⁵ Fernando Ortiz, “Cartapacio Fernando Ortiz”, Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Biblioteca General, Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico.

¹⁶ Zenobia Camprubí, *op. cit.*, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, p. 338.

¹⁷ Zenobia Camprubí, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, Edición, traducción, notas y epílogo de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Ed. Alianza- Ed. Universidad de Puerto Rico, 2006; pp. 40, 44, 63.

la imprenta en San Juan. Este paseo entre las alegres quintas del Condado y el desembocar junto al mar siempre me llena de alegría.

...
 Cada vez que levanto la cabeza, me quedo embelesada con los primorosos capullos de rosa de ayer, que han abierto esta mañana en el centro de nuestra mesa, los hibiscos rojos con hojas de gardenia en un cuenco amarillo sobre el estante de la cristalería [...] Puerto Rico es maravilloso en su naturaleza.

Por todo esto, aceptan la invitación del rector del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, Lcdo. Jaime Benítez, y, en octubre de 1951, se instalaron en suelo borincano hasta siempre. Aquí pasaron la última etapa de sus vidas; tuvieron grandes alegrías como la creación de la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, en donde se encuentran la biblioteca y los documentos donados por el poeta a la Universidad, proyecto al que ella dedicó horas de entusiasmo y trabajo:

Hace ya cinco días que estoy entregada, por lo menos 2 horas cada mañana, a una tarea que me ilusiona. Nos han cedido un aposento verdaderamente precioso para instalar la biblioteca de J.R., que él regaló agradecido a la Universidad cuando el rector le respetó su contrato de 9 meses, a pesar de haber enfermado el 2º mes. [...] Pero no quiero dejar de pensar en nuestro cuarto maravilloso en donde ya tengo instalados unos 400 tomos, el retrato de J.R. hecho por Sorolla, que siempre ha sido mi compañero cuando no nos separaba el Atlántico, algunos cacharros antiguos españoles y los retratos dedicados de Rodó, Antonio Machado, Paul Valery, Ortega [y Gasset]. [...] Lo que yo más quería, que esto fuera la manera de interesar a J.R. de nuevo en el logro de un proyecto suyo, se está comenzando a realizar desde lejos, porque él me pregunta con interés todos los detalles del cuarto, me dice qué llevar, se interesa por lo que va saliendo de los cajones que no se habían abierto desde que llegaron de Maryland [...] Cualquiera día arrancará para allá sin darse cuenta.¹⁸

Aquí también pasaron grandes crisis debido a las enfermedades de ambos: Juan Ramón con sus episodios depresivos, cada vez más recurrentes; Zenobia con cáncer que acabaría con su vida. Aquí también recibirían la noticia el jueves 25 de octubre de 1956 de la concesión de Premio Nobel a Juan Ramón; Zenobia, ya al final, supo la noticia.

Fue esta una pareja a la que unía un gran amor, que venció las dificultades de la convivencia, la constante amenaza de la enfermedad, el cansancio de una vida complicada por los avatares políticos, las dificultades económicas; quizá, la epístola paulina se hace realidad en estos dos seres porque su amor “todo lo supera, todo lo soporta”; ahora oigamos sus voces:

Poemas que J.R. me escribió a mí en Boston:

1. ¿Cómo puedes tú ser
 estrella de la tarde
 y del amanecer?

¹⁸ *Ibid.*; pp. 84, 85-86, 298.

2. ¿Cómo tú, mujer mía, puedes ser
tranquila estrella de mi tarde,
estrella inquieta de mi amanecer?

En la vida que has vivido
por el espacio y el tiempo,
me tocó vivir contigo,
estrella de los luceros.

¡Y cómo te merecí!
Yo no puedo comprenderlo

[...] Juan Ramón no hace más que decirme en estos días que nunca ha sido más feliz. Cuando nos quedamos los dos solos, parece que es cuando está más feliz. ...

Me preguntó ayer si no me acordaba de él cuando no estaba a su lado. Yo le contesté si no veía que siempre venía cargada de cosas para él y si no le parecía una crueldad esa pregunta. Entonces me preguntó si no me preguntaba lo mismo cuando éramos novios, y que esto era lo mismo [...] ¡Qué alegría! [...]

“Cuando yo sentí la vida es cuando yo te quise a ti” es una de las primeras preciosas cosas que J.R. me dijo cuando salimos a dar una vueltecita harfa media hora. Me dijo muchas más, lindísimas, que hubiera querido apuntar, pero cuando me detuve para sacar la pluma y escribirlas, encontré que había dejado el portamonedas olvidado en casa, y me tengo que contentar con ésta y con la que me dijo a nuestro regreso, a pesar de que ésta ya refleja su estado de ánimo tan deprimido y descorazonador: “Envuélveme con tu luz para que la muerte no me vea” [...]

Qué conversación más preciosa acabo de tener con J. R. durante mi supuesta hora de la siesta en que se ha ido adentrando en mis recuerdos y, durante una hora, ha sido él, sin sombra de intromisiones morbosas. ¡Qué maravilla! ¡Nunca más cerca el uno del otro! Sin excitación y rememorando diferentes épocas de su vida, sentado en el borde de mi cama. Y luego me contó su inquietud cuando me fui a Mallorca y pensaba en la noche que sólo había aguas debajo del barco en que yo iba, y entonces fue cuando escribí «La pérdida» lleno de angustia:

“Pérdida en la noche inmensa”, [...]

[...] Me cuida mucho y eso es excelente para él. ¡Qué harfa yo sin él! 40 años en que nos hemos ido queriendo cada vez más.

[...] J. R. muy cariñoso, pero deprimido y deprimiente hasta lo último. La idea de que me vaya lo aterra.

[...] Juan Ramón es para mí, cada vez más, él mismo y cada vez más entrañable. Anoche, mientras escuchábamos a Fournier, y cuando al fin se dio cuenta de que los médicos seguían en el salón, estábamos tan unidos en la música que ningún cambio hubiera sido para mí más perfecto.¹⁹

Por su parte, el poeta, en el “Mensaje del Premio Nobel de Literatura en 1956”, escribe: “Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio.

¹⁹ *Ibid.*; pp. 21-22, 32, 70, 225, 227, 285, 319, 4.

Su compañía, su ayuda, su inspiración de 40 años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin ella desolado y sin fuerzas".²⁰

Matilde Albert Robatto
 Universidad de Puerto Rico
 Recinto de Río Piedras

BIBLIOGRAFIA

- Albert Robatto, Matilde. *Angel Botello en la historia del exilio gallego*, Sada A Coruña, Ed. do Castro, 1995.
- . "La querencia americana de Federico de Onís", *El reino de la memoria*, San Juan, Ed. Universidad de Puerto Rico, 1997.
- . "Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí y Federico de Onís: colegas y amigos", *Revista de Estudios Hispánicos*, XXX 1, 2003; pp. 249-258.
- . *Federico de Onís: cartas con el exilio*, Sada, A Coruña, Ed. do Castro, 2003.
- Buitrago, Alberto. "Sinaia: cargado de esperanza" en *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, Puerto Rico, junio, 1939, pp. 11, 63-64.
- Camprubí, Zenobia. *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Ed. Alianza-Ed. Universidad de Puerto Rico, Madrid, 1991.
- . *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, Edición, traducción, notas y epílogo de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Ed. Alianza- Ed. Universidad de Puerto Rico, 2006.
- Colorado, Antonio. "Testimonio" en *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1930- 1989. Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A Coruña, Ed. do Castro, 1991 pp. 143-149.
- Jiménez, Juan Ramón. "Mensaje de Juan Ramón Jiménez para ser leído por el Rector de la Universidad de Puerto Rico, Sr. Jaime Benítez, en el banquete oficial de Premios Nobel de 1956", "Cartapacio Premio Nobel", Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez; reproducido en *La Torre*, Homenaje a Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico, V, 1957, ns. 19-20, p. 13-14.
- . *Isla de la simpatía*, Presentación y edición de Arcadio Díaz Quiñones, Raquel Sárraga, Río Piedras, Puerto Rico, Ed. Huracán, 1981.
- Onís, Federico de. *Homenaje a Juan Ramón Jiménez*, San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1956, p. 45-51.
- . "Iconografía, Cartas de Don Federico de Onís a Zenobia Camprubí", *La*

²⁰ "Mensaje de Juan Ramón Jiménez para ser leído por el Rector de la Universidad de Puerto Rico, Sr. Jaime Benítez, en el banquete oficial de Premios Nobel de 1956", Cartapacio Premio Nobel, Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez.

Torre, Homenaje a Federico de Onís, *Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, Río Piedras, XXXIII ns. 127, 128, 129, 130, 1985; pp. 318-324.

Ortiz, Fernando. "Cartapacio Fernando Ortiz", Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Biblioteca General, Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico.

Palau de Nemes, Graciela. *Diario 1, Cuba (1937-1939)*, Traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Ed. Alianza, Ed, Universidad de Puerto Rico, 1991.

Rodríguez, Adna R. "Zenobia en el exilio", *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1930-1989. Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A. Coruña, Ed. do Castro, 1991, pp. 311-321.

Sinaia, *Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, edición facsimilar, Presentación y epílogo de Adolfo Sánchez Vázquez, México, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, Universidad Autónoma Metropolitana, 1989.

Sánchez Vázquez, Adolfo. "Significado del exilio español en México", *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1930-1989. Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A Coruña, Ed. do Castro, 199, pp.69-80.